

CAPÍTULO VI

HISTORIADORES Y HUMANISTAS

SUMARIO: 1. Ribadeneira.—2. Roa.—3. Guzmán.—4. Mariana.—5. Acosta.—6. Bonifacio Gaspar Sánchez y Alvarado.—7. Lacerda.—8. Los preceptistas Cipriano Suárez, Juan de Santiago, Bartolomé Bravo y Juan Rengifo.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: Las obras citadas y varias cartas de entonces.

1. No rayaron tan alto los jesuitas españoles durante el quinto generalato en el campo de la historia y de las letras humanas como en el de la sagrada teología. Con todo eso honraron entonces a la Compañía algunos literatos ilustres, que han dejado en pos de sí memoria imperecedera. Empezando por los historiadores, no debemos olvidar a los que se dedicaron a escribir la historia doméstica. Entre éstos ocupa el primer lugar el P. Pedro de Ribadeneira. Escribió, como todos saben, las tres biografías, tan conocidas, de San Ignacio, del P. Laínez y de San Francisco de Borja. No son estas obras historias completas y acabadas de aquellos tres insignes varones. La segunda y la tercera se muestran, sobre todo, bastante deficientes, y en muchas partes oscuras; pero con todo eso se leen siempre con agrado, no sólo porque todo lo que dicen es verdad, aunque incompleta, sino también por la prudencia con que escribe el autor, por el estilo castizo y la clásica sobriedad con que describe los sucesos. Empero el principal elogio que debemos hacer de Ribadeneira es el haber entendido perfectamente el espíritu de estos santos. Al oír esta palabra puede ser que algún lector moderno se encoja de hombros, preguntando qué entendemos por eso de espíritu. Desgraciadamente, en nuestros días no sólo racionalistas y protestantes, sino también algunos católicos hablan y escriben de tal modo acerca de los santos, que muestran no entender ni palabra el espíritu de ellos. Como cada hombre se distingue por su rostro, como cada pintor tiene su estilo, como cada poeta ostenta su carácter literario, así también cada santo tiene su fisonomía virtuosa, esto es, su modo particular de practicar la virtud en servicio de Dios Nuestro Señor. Esto es lo que llamamos

el espíritu de cada santo. Pues bien, el P. Ribadeneira tiene la gloria de haber entendido como nadie el verdadero espíritu de nuestro P. San Ignacio. Y por eso su Vida del Santo, aunque imperfecta en varios puntos, será siempre una obra magistral, porque nos declara bien el espíritu de uno de los mayores santos que han honrado la Iglesia de Dios.

También escribió el P. Ribadeneira una Historia de la Compañía en España, que analizamos en los preliminares del primer tomo. Ha quedado inédita y, ciertamente, no merece ver la luz pública, por lo muy imperfecta que a los lectores modernos parecería. En el modo de escribir es el mismo Ribadeneira en esta historia que en las biografías antes citadas; pero el conocimiento del objeto es imperfectísimo, y la imposibilidad de presentar completos todos los negocios contemporáneos hace que las dos terceras partes de esta obra se reduzcan a brevísimos recuerdos de los hechos más culminantes de aquel tiempo. En muchos casos se contenta Ribadeneira con copiar, o por lo menos compendiar, las historias particulares, que ya empezaban a escribirse, de las provincias y colegios.

2. A imitación de Ribadeneira, y siguiendo las órdenes del P. Aquaviva, que encargó escribir las historias particulares de las provincias, surgieron por entonces algunos libros, que refirieron bien o mal los hechos principales de nuestras provincias y colegios. A esto se debió la Historia de la Compañía en la provincia de Andalucía, debida a la pluma del P. Martín de Roa; la Historia de la provincia de Aragón, redactada en los primeros años del siglo XVII por el P. Gabriel Álvarez, y las historias particulares de algunos colegios de la Compañía, como de Granada, Plasencia, Alcalá, Valladolid, etc.; obras todas que han permanecido inéditas (1), pero que deben ser consultadas por el erudito moderno, para recoger noticias importantes que siempre hay sobre las personas y negocios. Predomina en todas ellas la nota de alabanza. Los autores no escriben una historia profunda; contentáanse de ordinario con presentar a los ojos del lector un florilegio de los hechos virtuosos que se han verificado en cada provincia o domicilio, añadiendo, cuando más, las faltas de algunos salidos de la Compañía. De todas estas historias, la más interesante para el investigador moderno es la del colegio de Madrid, redactada por el P. Francisco de Porres, a la cual hemos recurrido muchas veces en el decurso de nuestra obra. Los preciosos documen-

(1) Recientemente se ha impreso la historia del P. Roa.

tos que copia literalmente el autor y las negociaciones en la Corte que él mismo hubo de dirigir varias veces, dan a esta obra un precio singular, que no tiene ninguno de los otros libros dedicados a describir la vida de otras provincias o colegios.

3. Más mérito que todas las obras precedentes tiene una que se imprimió en 1601, y hasta ahora no ha merecido ni una simple mención en nuestras historias literarias. Aludimos a la Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en las Indias orientales, escrita por el P. Luis de Guzmán en los últimos años del siglo XVI (1). El autor había nacido en Osorno en 1543, y, entrado en la Compañía, se distinguió muy pronto por su mucho espíritu y por la gran prudencia en los negocios. Esto fué causa de que ascendiese muy pronto a cargos de gobierno y de que le emplease la obediencia en la dirección de varios colegios y fuese Provincial de la provincia de Andalucía y después de la de Toledo. En ella murió el año 1605. Desde el principio de la Compañía habían sido muy leídas las cartas de San Francisco Javier y de otros misioneros que difundían la palabra divina en los países orientales. Ya en Portugal, ya en España se habían hecho algunas publicaciones de estas cartas, y corrían entre la gente piadosa como libros de amena lectura espiritual y de cristiana edificación. Teniendo a la vista estos libros y varias relaciones manuscritas venidas del Oriente, resolvió el P. Luis de Guzmán compendiar en una historia los trabajos apostólicos de los jesuitas en aquellas gloriosas misiones. Ciñóse solamente a las misiones portuguesas, y, empezando por San Francisco Javier, nos describió los trabajos apostólicos de la Compañía, primero en la India oriental, después en las Molucas, en la Etiopía, Brasil y China, y, por último, se detuvo largamente en explicar la historia de las misiones del Japón, que ocupan más de la mitad de la obra. Termina su relato en los últimos años del siglo XVI. Lo primero que llama la atención en este libro es el criterio sensato, la imparcialidad severa con que refiere los hechos, guardándose de toda exageración; la prudencia con que enlaza las acciones, la sobriedad con que las describe y la rectitud con que aprecia el carácter de las personas y de los negocios. Su estilo es clásico, limpio, correcto y sosegado, pero no tiene aquellos defectos que

(1) *Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesús para predicar el Santo Evangelio en la India oriental y en los reynos de la China y Japón. Escrita por el P. Luis de Guzmán, religioso de la misma Compañía...* Alcalá, 1601. Esta obra se reimprimió en Bilbao en 1891.

ofenden en la historia clásica y se miran como falsos adornos de escuela. No hay arengas ampulosas, ni descripciones artificiales, ni epifonemas sentenciosos. La narración corre limpia y despejada con cierta constante templanza que no declina, ni al elogio desmedido ni a la exageración más leve. Pudiéramos comparar el estilo y carácter de esta obra con las del clásico Jenofonte, y por cierto bien merecería que los historiadores de nuestra literatura concediesen un lugar al P. Guzmán al lado de los Moncadas y los Melos.

4. Suponemos que el lector estará impaciente esperando que lleguemos a pronunciar el nombre del P. Juan de Mariana. No hay duda que es el más célebre de nuestros historiadores en aquel tiempo. Prescindiendo de otros pormenores de su vida, que ya insinuamos en otra parte (1), recordaremos primeramente el motivo que parece haber tenido este célebre autor para emprender la Historia de España. Habiendo vivido trece años fuera de su país, de 1561 a 1574, enseñando teología en Roma, Mesina y París, observó en muchos extranjeros gran deseo de conocer las cosas de España y una regular ignorancia de nuestras historias antiguas. Deseando, pues, satisfacer a esta curiosidad y levantar un monumento honroso a nuestra nación, acometió el primero en toda Europa la Historia general de España, y la redactó primero en latín. Enorme parecerá a primera vista esta empresa. ¿Cómo escribir la Historia general de una nación en aquellos tiempos, cuando los archivos públicos y privados estaban cerrados al escritor, cuando no se habían estudiado las materias particulares de la Historia, cuando yacían inéditos muchos documentos de la Edad Media, cuando la crítica no daba aún los primeros pasos en la investigación de algunas épocas? Ciertamente hubiera sido temeridad si el autor quisiera agotar toda la materia; pero el designio del P. Mariana era mucho más modesto. Como él mismo lo dice, deseaba hacer un compendio, reunir en un libro breve y accesible a la mayoría de los lectores los principales acontecimientos de nuestra historia. Como suele decirse en nuestros días, pretendía escribir una obra de vulgarización. «Yo no pretendí, escribía Mariana al P. Pablo Ferrer, hacer la historia de España, sino poner en estilo lo que otros habían pintado, contentándome con seguillos sin averiguar todos los particulares, que fuera nunca acabar» (2). Entendida de este modo la

(1) Véase el tomo II, pág. 353, y el III, págs. 328 y 557.

(2) Consérvase esta carta en el Museo Británico (Mss. Egerton, 1874, núm. 48, pág. 415), y ha sido publicada por Cirot (*Mariana historien*, pág. 433).

empresa, no parece tan imposible; y no hay duda que para su tiempo la realizó Mariana bastante bien. El año 1592 salió a luz en Toledo la famosa historia con este título: *Joannis Marianae Hispani e Societate Jesu Historiae de Rebus Hispaniae Libri XX*. Había pensado escribir 25 libros, pero no sabemos por qué se detuvo la impresión de la obra en el libro XX, y sólo después de algún tiempo salió la continuación. Repitióse en Toledo la edición de los 25 libros el año 1595, y a ésta se siguieron otras ediciones de la obra latina en vida del mismo Mariana. Muy pronto brotó la idea de traducirla al castellano, y, no sabemos si por propia iniciativa o por indicación de otros, resolvió el autor emprender este trabajo (1). Sospechan algunos que para ello se sirvió del auxilio de algún otro Hermano de religión. Posible es, pero hasta ahora no podemos probar esta circunstancia. El año 1601 salió a luz en Toledo la misma obra con este título: *Historia General de España, compuesta primero en latín, después vuelta en castellano, por el P. Juan de Mariana*. Otras cuatro ediciones de la obra castellana se hicieron en vida del autor, y en todas introdujo Mariana algunas correcciones, ya debidas a su estudio particular, ya indicadas por algunos otros, que repararon en ciertas inexactitudes. Todos saben la aceptación que esta obra alcanzó dentro y fuera de España; las ediciones de ella son numerosísimas, y no solamente se repitieron ediciones, sino también se añadieron continuaciones, explicaciones y añadiduras, algunas de las cuales hacen poco honor a la Historia de Mariana.

¿Cuál es el mérito de esta obra? Claro está que, considerada *científicamente*, no puede tomarse como una historia completa de España. Cierto es que siendo la primera, por fuerza había de salir imperfectísima; pero relativamente al tiempo en que se escribió, nos debe parecer verdaderamente admirable. Los defectos principales que se le notan son, ante todo, la falta de crítica, falta que no pasa tan adelante como algunos se imaginan, pues Mariana tuvo el buen juicio de desechar muchas fábulas, de examinar y comparar diversos textos y de acertar muchas veces con el verdadero carácter de importantes acontecimientos. Pero escribiendo en un tiempo en que el

(1) En la dedicatoria a Felipe III dice Mariana de su historia: «Volví en romance, muy fuera de lo que al principio pensé, por la instancia continua que de diversas partes me hicieron sobre ello y por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en España de la lengua latina aun los que en otras ciencias y profesiones se aventajan... Además del recelo que tenía no la tradujese alguno poco acertadamente, cosa que me lastimara forzosamente y de que muchos me amenazaban.»

campo de la historia estaba inundado por una corriente de fábulas; no teniendo delante de sí quien le diese alguna luz para depurar los documentos, ¿cómo no había de tropezar muchas veces e incurrir en inexactitudes? La mayoría de las fábulas que admite se refieren a los tiempos primitivos de España y a los primeros siglos de la reconquista. Aunque acertó en señalar como fabulosos varios reyes antiquísimos admitidos hasta entonces por Annio de Viterbo y otros historiadores, con todo eso dejó en pie otros tan fabulosos como ellos. El segundo período, en que abundan las fábulas, es el que va desde los principios de la reconquista hasta bien entrada la Edad Media. En esta parte se fió Mariana demasiado de algunas crónicas medioevales, y sobre todo del Arzobispo Don Rodrigo; admitió, además, muchos hechos, apoyándose en la autoridad de los romances, no advirtiendo que muchos de esos romances eran obras modernas y destituídas de valor histórico. Aunque en más de una ocasión él mismo desconflaba de estas fuentes y manifestamente advirtió al lector que no creía todo lo que escribía; aunque algunas veces, después de relatar ciertos hechos, se indigna contra los que han inventado semejantes patrañas, con todo eso no pudo preservarse de una multitud de leyendas caballerescas y poéticas, que dejó penetrar en la Historia, y mantuvo como si fueran hechos reales y verdaderos.

De vez en cuando se observa en el P. Mariana otro defecto, que no ha sido tan señalado por la crítica, pero que merece también ser reparado, y es cierta inclinación a juzgar mal de algunas personas, lo cual le ha inducido a admitir hechos bastante peregrinos. ¿En qué se fundaría, v. g., para aceptar la repugnante leyenda que nos ofrece sobre la muerte del grande Hosió? Sospechamos si en esto influiría un poco el carácter tétrico y adusto del P. Mariana. En cuanto al estilo, todos alaban la energía y gravedad con que ordinariamente escribe, aunque se le advierte cierta dureza en la construcción y alguna ligera afectación de arcaísmo, que se ha exagerado más de lo justo. Adoptó además la costumbre clásica de poner arengas retóricas en boca de sus personajes. Esto era entonces como de rigor en los que imitaban a Tito Livio y a otros clásicos modelos de la Antigüedad.

Además de la justa nombradía que como historiador alcanza el P. Mariana, rodea a su nombre otra celebridad poco envidiable, que procuran sostener en nuestros tiempos los enemigos de la Iglesia. ¡Cuánto se sorprendería el buen Padre si hubiera sabido que, tres siglos después, le debían llamar precursor de los modernos libera-

les y revolucionarios! Sin embargo, así ha sucedido, y este triste renombre le ha valido la estatua que se le ha levantado en su pueblo natal. Dos ocasiones dió el ilustre historiador a esta fama siniestra, y debemos hablar un poco de ambas, por la resonancia que han tenido en nuestros tiempos. El año 1599 publicó Mariana el libro titulado *De Rege et Regis Institutione*. Iba enderezado al Rey Felipe III, con el propósito evidente de instruirle en las obligaciones y oficios de la Majestad Real. Fué el libro aprobado por Fray Pedro de Oña, Provincial de la Merced, y, de parte de la Compañía, por el P. Esteban de Ojeda, Visitador entonces de la Provincia de Toledo. La obra contiene doctrina muy buena, consejos sensatos, ideas nobles, pero también encierra tres capítulos sobre una cuestión por extremo delicada. En el libro primero, capítulo quinto, emprende el P. Mariana la cuestión del tirano; es decir, no la calificación científica de semejante alimaña, sino la vidriosa controversia de si es lícito quitarle la vida. Vemos al pronto en nuestro autor una descripción del tirano que, por lo fantástica, pudiera parecer enteramente ideal. Dijérase que es una de aquellas descripciones trazadas por los escolares de retórica, cuando nos pintaban monstruos inverosímiles, agotando la fraseología del Nizolio. Llega el capítulo sexto, y propone Mariana esta duda: si es lícito matar al tirano. «*An tyrannum opprimere fas sit.*» Tratándose de un ente tan inverosímil y absurdo como el pintado poco antes, pudiera parecer ociosa la cuestión y creerse que el autor, a imitación de otros escolásticos, se entretenía en acuchillar duendes metafísicos.

Pero hete aquí que el P. Mariana desciende de las nubes ideales, acércese a la vida real y se pone muy de propósito a examinar el famoso atentado de Jacobo Clemente, que asesinó a Enrique III de Francia en 1589. ¿Qué pensar de esta acción? Aduce el autor las razones de los que la aprueban y de los que la condenan, esfuerza los argumentos que hay por uno y otro lado, y recordando que Enrique III había asesinado poco antes a su pariente el Duque de Guisa, escribe Mariana estas líneas: «Con la muerte del Rey, se hizo muy célebre Jacobo Clemente; con una muerte se vengó otra muerte, y con la sangre del Rey se honró la memoria del Duque de Guisa, pérfidamente asesinado. Pereció Jacobo Clemente, gloria inmortal de Francia, como opinaron los más» (1). Mucho ha dado que pensar

(1) «Caeso rege ingens sibi nomen fecit, caede caedes expiata, ac manibus Guisani ducis perfide perempti regio sanguine est parentatum. Sic Clemens periit, aeternum Galliae decus, ut plerisque visum est.» *De rege et regis institutione*, l. I, c. 6.

este párrafo extraño, y, ante todo, debemos preguntar: En estas líneas, ¿gemite Mariana su parecer sobre la muerte de Enrique III, o se contenta con referir el juicio que hacían otros? Creemos muy probable que el historiador debe entenderse en este segundo sentido. Mariana dice, no que fuese Clemente una gloria de Francia, sino que la mayoría lo juzgaron así; esto nos persuaden las palabras que añade: «como opinaron los más; *ut plerisque visum est*». Además, si se lee todo el capítulo, se observa que Mariana en todo él, más bien que enunciar ideas propias, cita y expone las ajenas. Empero la opinión general, y por supuesto la de todos los enemigos de la Compañía, sin excepción, es que Mariana dió su juicio en esas palabras acerca del hecho. Mariana, dicen, lo justificó, y glorificó al asesino de Enrique III.

Al principio nadie reparó en estas expresiones ni en la doctrina general del libro. Los jesuitas franceses avisaron muy pronto al P. Aquaviva del peligro que podía haber en esas frases y en toda la cuestión. Enterado del asunto el P. General, escribió a Mariana con fecha 24 de Junio de 1600 lo siguiente: «Hojeando el libro que V. R. ha escrito *Del Buen Príncipe*, encuentro la cuestión que trata: si es lícito matar al tirano; y en ella hay algunas cosas que, para los tiempos que corren y el estado en que están nuestras cosas en Francia, creo que dañarán mucho, como es toda la historia que V. R. toca del Rey de Francia muerto, del fraile que le mató y otros períodos que aquí entran; y pues el libro de V. R. puede pasar sin esta cuestión y lo demás que con ella va, deseo que, en todo caso, en la segunda edición lo quite» (1). No se quitó, como lo hubiera deseado Aquaviva, toda la cuestión, pero sí se suprimió en las ediciones siguientes la desdichada frase: *aeternum Galliae decus*, que podía más escandalizar.

Pasaron once años y nadie hablaba palabra alguna sobre este libro, cuando, de repente, adquirió enorme celebridad, por el hecho tan conocido de la muerte de Enrique IV. Fué, como todos saben, asesinado este monarca por Ravallac en el mes de Abril de 1610. Pocos días después, algunos enemigos de la Compañía resolvieron imputar a toda nuestra Orden la causa de aquel crimen, y, como prueba de su aserción, sacaron a relucir el libro del P. Mariana y señalaron el citado capítulo y las palabras en elogio de Jacobo Clemente, presentándolas como muestra irrefragable de la mala doctrina que enseñábamos a las gentes. Los Jesuitas, decían, han armado

(1) *Toletana. Epist. Gen.*, 1600-1610, pág. 22.